

PRECIO:
5 Centavos

LA PATRIA

Valores y giros a M. Terrence

Redes. y Administración: Perú 1837

Unión Telefónica: 6476 B. Ordeón

PORTE
PAGO

EQUIVALENCIA DE DESPOTISMOS

Al reargen de la incidencia planteada por Colomer en el seno de la Unión Anarquista Francesa, el camarada Faure ha escrito dos artículos que tratan de la teoría del progreso. Comprende uno las circunstancias de ambiente y el móvil que inspiró al referido compañero esa defensa de las conquistas políticas de los pueblos, desvirtuadas por el individualismo negativo de los que pretendían reducir todo el problema social a su capricho y a sus malos humores. Pero Faure incurre en una contradicción al establecer los hitos del progreso en cada uno de los sistemas políticos consagrados, siendo que el mismo constata la equivalencia de despotismos en la esfera de la producción y en las relaciones impuestas por el régimen económico del capitalismo.

La crítica al individualismo de Colomer se puede fundar en sus propias contradicciones. No es preciso, en consecuencia, tomar como punto de referencia sus expresiones de ahora, sino la multiplicidad y variedad de posturas ideológicas, asumidas en un breve intervalo al campo anarquista. Por otra parte, si Colomer sostiene, como elemento de juicio para justificar su disidencia, que los anarquistas deben luchar contra el amo — y que ese amo es el gobernante y el burgués, sean republicanos o monárquicos, socialistas o reaccionarios —, no está en esa vulgaridad el error de apreciación del fenómeno social, sino que el error está precisamente en el papel que atribuye a las fuerzas desplazadas del poder y circunvaladas por el amo, como elementos constantemente enemigos de la camilla gobernante.

Entendemos que es justa la observación de Colomer cuando dice que los anarquistas deben luchar contra el amo, sea quien sea, y combatir a todos los gobiernos. A través de los sistemas políticos y de los regímenes económicos, el despotismo encuentra en la fundación gubernativa, sea cual sea su forma, y en la explotación del asalariado, su justo equivalente. La diferencia que separa a la república de la monarquía, a la democracia del absolutismo, al socialismo de los distintos sistemas burgueses? Es sólo de forma. Y si hay progreso en esa variedad de formas políticas, si existe alguna diferencia entre los gobiernos conocidos, no se debe tanto a la función legal de los sistemas, a las garantías constitucionales y al mismo jurídico, como a la diferencia de cultura y de sensibilidad de cada pueblo. Quiere decir, pues, que el progreso político está en los hábitos de la población, que es republicana o monárquica por circunstancias no siempre ligadas a su propia capacidad social — puesto que existe también el rutinarianismo republicano en países que no tienen conciencia de lo que es la república, o sólo la diferencia de la monarquía por la supresión de la nobleza —, y que ese progreso muy poca equivalencia tiene en las formas históricas del capitalismo, que prescinde del "hecho jurídico" para afianzar su dominio económico sobre el proletariado.

La negación del revolucionarismo de Colomer está en el rol histórico que atribuye a las fuerzas opositoras al gobierno, que son simples factores políticos de perturbación subordinados al imperativo económico de la burguesía. Si sostiene que todos los gobiernos son malos, como malos son todos los amos, no niega el progreso. Se contradice únicamente cuando, después de constatar la equivalencia de los regímenes sociales en un mismo despotismo, sostiene la necesidad de que los anarquistas acepten la alianza con todos los opositores para derribar a un partido gobernante. Esa función política la realizan las oposiciones que disputan la posesión del poder. Combaten a los gobernantes, pero no al sistema. De ahí que los anarquistas, porque reconocen que todos los gobiernos se equivalen, se nieguen a favorecer propósitos revolucionarios que no impliquen el deseo de destruir el Estado.

El camarada Faure ha querido sin duda señalar el oportunismo de Colomer, que llega a la negación de la autonomía del anarquismo como fuerza social independiente de la paja de los

partidos en torno a la conquista del poder. Colomer sostiene, como un justificativo de su individualismo, que la acción revolucionaria debe dirigirse contra el amo. Pero confunde los términos del problema, ya que por amo sólo entiende al gobierno de turno, atribuyendo a sus funciones políticas circunstancias la responsabilidad de todos los males que engendra el sistema social. En consecuencia, propone la alianza de todos los opositores al gobierno para derribarlo, aun cuando la consecuencia de esa lucha sólo implique un cambio de amos.

Si Colomer circunscribe a esa función política el rol del movimiento anarquista, es porque sólo concibe las ideas como refractario. Y un refractario no tiene opiniones sobre la función histórica del anarquismo: es un desconocido que todo lo combate y todo lo niega, importándole poco la calidad de sus circunstancias aliadas o las consecuencias que se derivarán de sus combates. ¡No es en virtud de esa concepción puramente negativa que Colomer sostiene la necesidad de combatir al amo recurriendo a cualquier arma y aceptando hasta la cooperación de los realistas, puesto que, según él, también son refractarios al régimen político imperante? Olvida precisamente la equivalencia económica de los sistemas sociales, y la negación del progreso estaría en ese olvido y no en los factores que señala Sebastián Faure para rebatir un oportunismo individualista.

Consideramos que el camarada Faure empleó mal la tesis del progreso para combatir las negaciones de Colomer. No hay progreso social en las diferencias del formalismo político, en la variedad de sistemas gubernamentales, en el aspecto externo de los gobiernos. La república y la monarquía se equivalen económicamente. Y si el proletariado sufre las consecuencias de la explotación tanto en Francia como en Inglaterra, si el progreso humano está sujeto, no a los sistemas sociales, sino a las contingencias del capitalismo, es porque el factor económico predomina en el ordenamiento de las sociedades y sobre esa base los pueblos realizan sus verdaderas y efectivas conquistas.

La libertad política es un lógico correspondiente del bienestar económico de los pueblos. La diferencia de sistemas señala únicamente una diferencia de hábitos y de sensibilidad, sin que esa indiferencia impida a las repúblicas recurrir en momentos determinados a los medios represivos de las monarquías y a éstas emplear la suavidad de aquéllas. ¡Acaso impide la monarquía al proletariado inglés disfrutar de la misma libertad de movimiento que goza el proletariado francés?

Podríamos decir que las reacciones obran siempre sobre el impulso revolucionario de los pueblos, puesto que no representan el estado permanente de un país. Si en Francia, en un momento de crisis, surgiera el peligro revolucionario, veríamos muy pronto a la república transformarse en la más brutal de las monarquías. Y no necesitaría darse un rey: le bastaría con aplicar sus leyes de excepción, favorecer el desarrollo del fascismo, olvidarse de todas las garantías constitucionales.

No sólo la república, sino que también el socialismo lleva en su médula el viejo despotismo. Con ministerios socialistas Francia ejerce las más violentas represiones. Los socialistas servían al amo y lo defendían con las armas que les facilitó el Estado. ¿Qué vale, pues, el progreso político si ese progreso no existe como manifestación de conciencia popular y no lo afianza el proletariado con verdaderas conquistas? Nada.

Faure refuta mal a Colomer. De atenernos a su concepción del progreso, expresado en las formas políticas del Estado, los anarquistas deberíamos defender la república contra la monarquía y preferir el socialismo a todos los sistemas burgueses. Sin embargo, combatimos a todos por igual, precisamente porque luchamos por la desaparición del Estado. ¡Acaso el mismo Faure no procedió así al oponerse a la guerra del 14, que suponía, según él

PARA CONQUISTAR LA CALLE

No es posible prescindir de la calle para la realización de nuestros propósitos culturales y emancipadores. No basta la prensa anarquista, circunscrita a un número de lectores convencidos o simpatizantes con las ideas, ni la organización obrera, limitada también a una parte del proletariado militante, para conquistar al pueblo para la revolución. Es preciso hablar a los indiferentes e influir en el ánimo a los pasmados, gritar sus miserias a los conformistas y detapar los ojos a los ciegos de entendimiento. Y esto sólo se consigue levantando tribuna en las calles y plazas públicas; en el rincón de esta cosmópolis opulenta por el charlatanismo político.

La conquista de la calle debe, pues, ser nuestra preocupación. Mientras nos quedamos en el fango de la impotencia, mientras no nos decidamos a romper la mordaza policial, mientras toleramos impasibles la orden del silencio impartida por el santo oficio político, nuestras actividades quedarán reducidas a las columnas del periódico y a los cuatro paredes de los locales obreros. No palpitarán el alma popular ni haremos nada para ampliar el radio de nuestra influencia. Quedaremos encerrados en batallas bianhitas, en grecoas caseras, en gestos teatrales dignos de ociosos histriones.

Si no hay motivos de agitación popular, es necesario crearlos. El proletariado atraviesa por un momento de atonía. Está cansado y desolado. Ni siquiera se mueve al impulso de sus necesidades perentorias. Y sería vano nuestro esfuerzo para romper el hielo de la indiferencia colectiva, si no nos decidimos a emprender una campaña de propaganda energética y perseverante, en caminata principalmente a reconstruir nuestro movimiento y atraer nuevos luchadores al campo anarquista.

Hay que combatir ante todo el criterio de los católicistas. Si nada creamos nada podemos destruir. Para destruir hay que crear, porque la destrucción es a la vez una creación. ¿Qué valor tiene nuestra actividad demolidora, si sólo se expresa en palabras? ¿Sobre qué base podemos fundamentar un movimiento revolucionario, si carecemos de elementos de fuerza para la acción? ¿En qué medida podemos cifrar el triunfo de las ideas, si gastamos las pocas que tenemos en estériles luchas y no hacemos nada para fortalecer nuestras organizaciones con energías nuevas.

Nuestra impotencia nos hace ser terribles... con nosotros mismos. Nos olvidamos de la realidad, y arremolinados en los molinos de viento, vivimos para nuestras pasiones y para nuestros reñones. Y creemos que eso es anarquía... porque tenemos conciencia del cerebro y sensibilidad.

Reaccionemos contra el mal que nos rodea y nos agobia. Si queremos reemprender la marcha triunfal y volver por los fueros de la propaganda sana y creadora, comencemos por superarnos a nosotros mismos.

Un esfuerzo común exige la conquista de la calle para la propaganda y la acción anarquista. Coordinemos ese esfuerzo, comencemos.

La Federación Obrera Local Bonaerense tendrá en su segundo mes de protesta contra la mordaza policial, el domingo 20, a las 9 horas, en Bartolomé Mitre 3270. Los anarquistas deben demostrar su empeño por la conquista de la calle, manifestando su energía y voluntarios de los hombres que están dispuestos a romper la consigna del silencio.

Gracias a nuestro dolor a los mandones y nuestra rebeldía a los indiferentes. Nuestros vóces de orden debe ser esta: ¡Abajo la mordaza policial!

OBRERISMO DE LIBREA

De senador a senador

El senador borriqueño Santiago Iglesias escribió una carta al senador argentino Juan B. Justo. Era una misiva fraternal... entre socialistas. Y por eso la publicó "La Vanguardia", dispuesta como siempre a recoger todo lo que pueda favorecer el negocio del socialismo.

La carta del senador borriqueño no tiene nada que ver con las cosas menudas de la colonia yanqui de Puerto Rico. Se refiere a los negocios de la Pan-Americana Federation of Labor, que Iglesias representa como secretario en español... Y esa secretaría

concepto de los posibilistas, la lucha de la democracia contra el imperialismo y la reacción? Entonces no prefirió dos males el menor, precisamente porque entendía que triunfara Francia o Alemania el triunfo correspondería siempre al capitalismo y la derrota al proletariado.

Con estas breves consideraciones queremos aclarar la parte que vemos oscura en el artículo del camarada Faure, publicado en otro lugar de este diario. No tendríamos, por supuesto, en la polémica provocada por la última postura de Colomer, ya que sólo expone los antecedentes que para nuestros lectores se forman. Juzga sobre el origen de parecidas tendencias surgidas y ventiladas en nuestro campo.

latinoamericana, en manos de un senador borriqueño, sirve para facilitar a Wall Street la proyectada incursión a la América del Sur, comandada por los obreristas que sirven al capitalismo yanqui desde las oficinas de la Federación Panamericana del Trabajo.

Nadie mejor que los socialistas para facilitar el punto de conexión que busca el imperio oficial de los Estados Unidos. Y nadie en mejores condiciones que el senador Justo para entenderse con el senador Iglesias, que además de socialista es un hombre bien situado en las esferas políticas de Washington.

De la carta del senador borriqueño, mal escrita, fría y vulgar, poca cosa nos interesa. Se dirige al doctor Justo para proponerle un negocio. "La Vanguardia" acoge la proposición y plasma la forma de realizar los proyectos del agente de Wall Street. Eso es todo.

Pero ahora viene el asunto que tienen entre manos los monroístas del trabajo. ¿Qué es la Pan-Americana Federation of Labor? El diario socialista hace la presentación de ese instrumento del imperialismo yanqui, en los siguientes términos:

"La Confederación Obrera Pan Americana está constituida por las siguientes entidades obreras nacionales: Federación Americana de Trabajo, Confederación Obrera Regional Mexicana, Confederación de Obreros del Salvador, Unión Obrera Salvadoreña, Unión de Obreros, 'El Progreso' de Honduras, Federación de Obreros de Nicaragua, Hermandad Comunal Nacionalista de la República Dominicana, Centro Internacional Obrero del Perú, Confederación Obrera de Chile, Federación Obrera de Guatemala, Sindicato Central Obrero y Directorio Ejecutivo Nacional Socialista de Colombia, Unión Obrera Venezolana y Federación Libre de los Trabajadores de Puerto Rico. Es presidente de la Confederación Obrera Pan Americana el ciudadano William Green — que es al mismo tiempo presidente de la Federación Americana de Trabajo — y vicepresidente es el ciudadano Luis M. Morones, ministro de industrias y comercio de México.

"La Vanguardia" agrega aún: 'Como se ve, la Confederación Obrera Pan Americana es un organismo ya poderoso e importante.'

Dejemos a un lado el errado denominativo de la Federación socialista a la Pan-Americana Federation of Labor, que traducción quiere decir Federación Panamericana del Trabajo. Puede que para aquí sea más conveniente llamarla Confederación y agregarle el carácter de obrera, ya que sin el epíteto obrerista no pasaría ni por los requisitos del "partido" el globo de Wall Street.

Lo que importa es saber a quien representa la pretendida Federación Panamericana del Trabajo. Existe en las colonias y protectorados de Estados Unidos, en países que carecen de organizaciones obreras reales, en las repúblicas centroamericanas y en las Antillas, precisamente porque allí impera la doctrina de Monroe y la influencia de Wall Street.

Se comprende, pues, que sea un senador borriqueño, un funcionario de la colonia yanqui de Puerto Rico, el que represente al secretario en español de la Pan-Americana Federation of Labor. Y nos explicamos que el agente Iglesias se dirija al senador

Justo en procura de apoyo para improvisar en la Argentina una sucursal del obrerismo de Wall Street.

SINTOMAS ALARMANTES

El pueblo español no se entusiasma por las brillantes operaciones del ejército en Marruecos. No cree en los partes oficiales que hablan de victorias y de guerra traga ya está cansado de la vieja cantilena de Primo y de las doradas mentiras del directorio. ¡Acaso no presenten las madres españolas el desolado de la tragedia marroquí? ¿Acaso son hijos en los barrancos del Rif, cazados por los tiradores reñidos, pues al optimismo oficial que soluciona con palabras un problema sin solución?

Los entusios del dictador para contagiar a España, con su fanfarroña ha fracasado. Nadie cree en las victorias del ejército Primo de Rivera. A nadie sugieren los partes oficiales, que dan como liquidados a todos los secuaces de Abd-el-Krim. Porque la realidad dolorosa es otra: los hogares se vacían, la vejez de la guerra traga a la juventud española, el monstruo sigue devorando vidas incesantemente.

Vamos como refleja un corresponsal, desde Lisboa, el pesimismo y la indiferencia de España frente a las bombásticas victorias de los generales impunitos. Al hacer mención a la frialdad con que son acogidas las noticias de Marruecos, abundadas por el directorio para entusiasmar a los tantos, dice: "Excluyendo las plazas cercanas al teatro de las operaciones: Tetuán, Larache, Melilla y Ceuta, no se ha registrado en la Península todavía una sola manifestación de júbilo que sea digna de comentarse. Ha habido, claro está, las felicitaciones de rigor de los gobernadores civiles de las Provincias españolas, de los Ayuntamientos de Real Orden, de los Comités de la Unión Patriótica, etc.; pero ni el pueblo ni la burguesía de la clase media han participado en el alborozo oficial. Acaso sea raro fenómeno una doble explicación. De un lado, la impopularidad de la guerra de Marruecos, que no es de hoy ni de ayer, sino de siempre. Por otra parte, existe la vana esperanza de que los actuales éxitos son explotados fácilmente en el sentido de que se quiere, al amparo del régimen de censura, consolidar la posición del Directorio.

"Todo, momentáneamente, se tal como lo reflejamos. Al deseo de provocar el entusiasmo popular, que aun no se ha producido, responde indudablemente el tono de los telegramas oficiales, que deja pálidos a los comunicados más desbordantes de la Gran Guerra, en circunstancias en que se libran acciones decisivas y dictadura de Abd-el-Krim. Este únicamente de la feliz llegada de un convoy a su punto de destino o de la liberación de una pequeña población amenazada, es descrita en una forma ensalzada.

Esa indiferencia del pueblo español mata la fatuidad de Primo de Rivera, que desea en vano la derrota de Abd-el-Krim. Pero las victorias de los generales impunitos no serán tantas que logren empujar sus derrotas, por lo que la actual aventura africana sólo servirá para confirmar en fracaso.

La ideología burguesa en el movimiento obrero

La concepción materialista de la historia tiene un denominador común, aunque se exprese por diferentes valores, que es el hombre no es el egoísta de los hombres. En cada grupo humano se manifiesta con idénticas características. Puede que el hambriento no sueñe con fastuosas riquezas, mientras no sacia su hambre, pero una vez satisfecha esta, empieza por no serle ajeno el deseo de otras comodidades.

Y así, hasta lo infinito. Además de que no es posible hoy separar lo útil de lo superfluo, dado el gran número de necesidades que la civilización ha creado y la diversidad de gustos e inclinaciones que ha desarrollado en los individuos, en los aspectos de la vida física y emocional, tampoco es posible poner un límite razonable a su egoísmo.

Nos referimos al hoy absurdo e irracional, no al mañana Justo, fundado en conceptos superiores de ética social, a los que la humanidad se examina en pos de su propia equidad. Pero esa concepción — la de que el hombre no se agita sino al impulso de necesidades materiales — prevalece entre los grupos de condición económica más opuesta. La sostiene el capitalista, la reivindica el marxismo y la aplica a sus contendidos el sindicalismo.

Por eso cuando nos referimos a las características de las I. W. W., a su ideología eminentemente materialista, no tenemos en cuenta el medio ambiente en que se han gestado. Es un producto genuinamente americano, inapto para la exportación. El hecho de que no se haya difundido por los países de origen mismo, y que en todos los demás no se haya impuesto la necesidad sino en forma restringida, a pesar del empuje puesto en este sentido por los melindros a

los simplismos sociológicos, que ven en cada opinión flameante la panacea infaltable para curar los grandes males sociales, demuestra que el espíritu no es el nuestro, que dos temperamentos chocan, mentalidades se repelen y un abismo se abre entre dos interpretaciones.

En efecto, el industrialismo es la quintaesencia del pensamiento imperialista de las razas sajones. Sigue una línea paralela de conquistas al gran capitalismo del Norte. Donde va éste con sus tentáculos, en forma de grandes trusts, que centralizan las actividades de la producción y colocan en pocas manos el monopolio manufacturero, allí aparecen los I. W. W. exigiendo de los explotados el mismo procedimiento. Admiten las mismas intenciones en este propósito, ilicitud a esta concepción: frente a la conjunción de las fuerzas capitalistas, la reunión de todas las fuerzas del proletariado, vinculadas por el anhelo de mejorar su vida, amenazada por la intensificación de la actividad industrial y por el despojo, tanto, pero efectivo, de los más por los menos, representado por la propensión a absorber las actividades del pequeño comercio que caracteriza a los trusts. Pero el capitalismo no cede por la sola posesión de las fuentes de producción y los elementos destinados a acrecentarla, la maquinaria, impera por la violencia del Estado. Entonces requiere ser subvertido revolucionariamente a objeto de aventar las formas todas que le dan vida. Y éstas no son de aspecto puramente económico, sino también moral. El hombre que no cree en la posibilidad de vivir sin gobierno, jamás atentará contra él. En una u otra forma, sea ésta un gobierno colonial, esclavista o como se coloque en una posición distinta a

